

.....

## CAPITULO II.

.....

**R**ebecca , en virtud de las órdenes de su amo , condujo á Teodoro por una escalera , situada sobre la espalda de la casa , á una pieza en el segundo piso , que era el que le estaba destinado : al dejarle esta fiel criada , le dice que no debe jamas ir al otro lado de la casa , porque Bensadí , que guardaba allí su tesoro , prohibia el acceso á todo el mundo.

Teodoro la dió gracias por este aviso : antes de acostarse reco-

(29)

noció su cuarto: la cama que le esperaba era elegante; la cubierta se parecia á las mantas que se usan para los caballos; las cortinas , de una sarga gruesa de un verde oscuro , eran admirables por su antigüedad; en un rincon del cuarto se veia una caja esculpida bajo el reinado de Elisabeth , cuya cubierta estaba retenida por dos cordones de cuero , haciendo las veces de unas asas. El adorno del cielo consistia en nubes rojas y negras , formadas por el humo : la tapicería se habia conservado en su estado natural , sin haber sido jamas pintada : debajo de la chimenea dos diseños hechos á la pluma , y pegados á la pared con oblea , los que representaban , el uno , un hombre detras

de las rejas de una prision; y el otro, un mágico en medio de un círculo, al rededor del cual danzaban tres figuras llevando talegos de dinero, y agitando en sus manos pedazos de papel, sobre los que se leian estas palabras: *Post obit.*

«A propósito, dice Teodoro interiormente, mi predecesor no amaba el retiro; mas á la verdad, este cuarto no difiere mucho de una prision.»

En cuanto á él, no habia estancia por triste que fuese que le intimidase, en vista de que allí permanecia oculto: las ventanas de su cuarto estaban enrejadas; sin duda era una precaucion de la avaricia inquieta y vigilante de aquel

viejo. Teodoro se sentó sobre la cama, y sacó de su seno un retrato que estaba suspendido de su cuello por una cinta de seda negra; le apretó contra sus labios, vertieron lágrimas sus ojos, y con una voz trémula articulaba el nombre de Elisa.

Si me es permitido creer que el lector toma ya algun interes por un jóven, cuyo nombre aun ignora, no será inútil darle á conocer un poco mas. Es un jóven de una estatura regular, vestido con mas gusto y finura que comunmente visten en las provincias; pero sin el brillo de nuestros elegantes á la moda: sus ojos (porque las damas se interesan sobre todo en el color de ellos) no son azules ni ne-

gros, sino compuestos de las dos clases: aunque de un carácter franco y espresivo, circunstancias desgraciadas le han hecho contraer un aire de frialdad y de reserva: su mirar, sin estar dotado de aquella penetracion que desconcierta, comprende con una admirable prontitud todo lo que se encuentra á su alcance: su fisonomía no es, como se dice comunmente, el emblema de su alma: el comercio de los hombres le ha habituado á componer su semblante, segun las circunstancias: ha llegado á sujetar sus pasiones hasta el punto de no producir ninguna alteracion en su alma que pueda perjudicarle, aunque se vea agitada por mil emociones diversas. Hé aqui

lo que él es cuando se le mira; pero en la soledad y entregado á sí mismo, la cosa mas leve le hace llorar: su alma entonces se abre á todas las impresiones de la sensibilidad: determinándose el carácter por las acciones, no diremos mas sobre su persona; él mismo se hará conocer.

Teodoro, habiéndose levantado temprano, queria salir de su cuarto, cuando vió que la puerta estaba cerrada por fuera: tuvo sospechas que no hicieron mas que aumentarse, viendo que su ventana daba sobre un patio de atrás, sin otra perspectiva que la de la torre de Lóndres, los mástiles de los navíos amarrados en el Támesis y las colinas que coronaban el

horizonte. Ya pensaba en los medios de escapar, cuando Rebecca llamó á su puerta, invitándole á bajar para el desayuno.

La siguió á una cocina, que podía hacer pareja con su cuarto. Bensadí le acogió con una sonrisa, y le ofreció un poco de pan seco, diciéndole, que un estómago sano exigía mui poco alimento; y que el lujo de la mesa no debía su origen sino á la depravacion de los gustos.

Teodoro suscribió á la observacion, aunque persuadido por otra parte de que el acumular riquezas era hacer un uso ridículo, y que tanto valia no tener, si se limitaban sus comodidades y placeres á los que se puede procurar

el mas pobre de los humanos. Pero esta no era sino una de las mil y una pruebas de la inconsecuencia de los hombres, de que mas de una vez habia estado dispuesto á convencerse.

Despues del desayuno, Shechem le condujo á su escritorio. Era una pieza de seis pies y medio de ancha, junto á la que tenia para recibir á las personas que tenían que tratar con él algun negocio: cerca de la pared opuesta habia una mesa con un sillón á cada lado: allí habia bastante lugar para el que debía sentarse; y los estantes cargados de papeles que se hallaban sobre su cabeza, le obligaban á tener una posicion inclinada; una plancha de plomo con

un agujero y un hierro mohoso servia de tintero, y un pedazo de papel de una pulgada de ancho era lo que servia de regla.

«Tú ves, dice Shechem, que me veo obligado á tener economía; es preciso no desperdiciar nada: el empleado que he tenido antes que tú, era un pródigo; necesitaba tres plumas cada dia, que hacian nuevecientas treinta y nueve por año, y por consecuencia un gasto anual de diez chelines solo para este objeto.

— ¿Su trabajo no compensaba esa pérdida? dice Teodoro. ¿Cuánto tiempo ha estado con vos?

— Nueve meses: me llevó un billete de banco de doscientas libras, y fue cogido....; pero trate-

mos de nuestros asuntos. Pues que tú entiendes el árabe, aquí tienes cartas para Smirna, y otras para Moka, concernientes á un cargamento de café: copia estas cartas en el registro, teniendo cuidado sobre todo de escribir en mui pequeños caracteres y no dejar blanco.

Teodoro se puso á llenar su encargo, sin hacer preguntas sobre el empleado fugitivo, congeturando, segun la emocion visible de Shechem, que el ladrón habia sido castigado. A medio dia estaba ya concluida su ocupacion; y habiendo salido Shechem, partió con Rebecca una comida, compuesta de huevos y patatas: como la vió dispuesta á hablar, hizo rodar la conversacion sobre las pinturas que

habia visto en su cuarto, observando que aparentemente el autor habia querido diseñar el desprecio que hacia de las riquezas.

«Por lo mismo, respondió Rebecca, si el jóven que los ha hecho, hubiese despreciado el dinero, no hubiera mostrado tanta ingratitud con nuestro Amo, que le habia sacado de la miseria.

— Yo condeno la ingratitud, repuso Teodoro: el reconocimiento es una especie de moneda que el pobre tiene siempre á su disposicion para pagar al rico que le ha obligado: si falta á este deber es mas culpable que el hombre que no paga lo que debe, porque no siempre se halla en disposicion de poderlo hacer.

— Eso es justamente lo que dice nuestro Amo: si se hubiese parecido á los otros judíos, Jos hubiera sido colgado.

— ¿Por qué razon?

— No quisiera que nuestro Amo supiese que os lo he dicho; pues se incomodaria, porque no puede sufrir que se hable del bien que ha hecho.

— Estraño por cierto, dice Teodoro entre sí, un proceder tan noble en un judío.» Rebecca continuó: «Vamos, como yo creo que no direis nada, no os haré un misterio de lo que voi á referiros. Este Jos se marchó con un billete de banco de nuestro Amo; le prendieron; nuestro Amo fue llamado para reconocer su billete, y obli-

gado á perseguir á el ladrón en justicia : yo creo que este es el término usado en semejantes casos, lo que significa , si no me engaño, que cuando se ha sufrido una picardía , es preciso pagar á la justicia para castigar á el ladrón.»

Teodoro alzó sus hombros y no dijo nada. Según se aproximaba el día de la sentencia , nuestro Amo se mostraba mas triste y pensativo : nunca podia estarse quieto en un sitio : yo le veia pasar de un cuarto á otro continuamente , sin sosiego y sin hablar con persona alguna : se sentaba frecuentemente en esta cocina , murmuraba y suspiraba por lo bajo.

Señor , le dije un día , ¿ qué tenéis ? — Sí , merece que le ahor-

quen , me respondió : ese desgraciado Jos será colgado por haberme robado doscientos francos. Rebecca , tú sabes que yo no quiero mal á nadie ; mas sin embargo , lo que ha hecho debe ser castigado ; pero no hai proporcion entre el castigo y la falta : ¿ qué vale todo el oro que me ha quitado , en comparacion de la vida de un hombre ? No son tantos los crímenes , que puedan autorizar la muerte de uno de nuestros semejantes.

Pero , Señor , le dije , esos doscientos francos eran vuestros , y sois mui dueño de perseguir al ladrón ó dejarle tranquilo. Si no queréis que sea castigado , claro es que vuestro dinero queda perdido ; pero como vos decís , ¿ qué vale el

oro comparado con la vida del hombre?

— De cualquiera manera, mis doscientos francos son perdidos, replicó él: si desisto de perseguirle, me costará cuarenta libras esterlinas mas, porque es preciso que las propiedades particulares hagan los gastos de la justicia pública; pero esto poco me importa: lo que me inquieta es la suerte futura de ese desgraciado: ha perdido ya su reputacion, y ni aun puede volver á ser hombre honrado aunque quiera, porque no debe esperar volver ya á merecer la confianza: limitarse á salvarle la vida, ¿no es volverle á poner en el camino de cometer nuevos crímenes? No hai mas que un medio de

sacarle del precipicio, y es el de proporcionarle un empleo fuera de Inglaterra.

Y bien, añadió Rebecca, á pesar de todo esto, sabed que el Amo renunció á perseguir á Jos, y que le envió á uno de sus corresponsales en Lisboa; allí se halla aun, y se conduce de una manera que le hace digno de que se olvide su falta.

— ¡Divina indulgencia! ¡hija del cielo! exclamó Teodoro con un trasporté que no le fue posible reprimir: hé aquí la verdadera caridad, dijo despues con un tono mas tranquilo: no basta sacar á un ciego del atolladero, es preciso cuidar de que no vuelva á caer. Pero que el hombre que se

priva á sí mismo casi de lo necesario, que lleva la avaricia hasta el ahorro mezquino de una pluma ó de un pliego de papel, sea capaz de un acto de beneficencia tan grande, tan sublime; esto es apenas creible....!!! y este hombre es un judío!!!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en voz baja: las reflexiones de Teodoro le condujeron á una multitud de otras, todas concernientes al carácter de Shechem: le comparaba con estos hombres que van publicando por todas partes el bien que han hecho; pero estas comparaciones, estando al alcance de todo el mundo, no hai necesidad sino de indicarlas.

En vista de esta anécdota, Teo-

doro no se sorprendió de haber sido encerrado en un cuarto: vale mas prevenir el mal que tener que repararle. Shechem no fue á su casa en todo el dia; y Rebecca, habiendo tomado este tiempo para limpiar la cocina, Teodoro no tuvo otra ocupacion que la de pasear sus sueños desde aquella pieza al escritorio; pues todo el resto de la casa estaba cerrado para él.

Acordándose de que Rebecca le habia encargado sobre todo no entrar en la pieza donde su Amo tenia tu tesoro, no pudo menos de sonreirse á la estraña inconsecuencia de este viejo, que dejaba su tesoro bajo la salvaguardia de una muger, en un momento en que a-



cababa de dar asilo á un hombre, cuyos principios le eran aun desconocidos.

Fueron interrumpidas estas reflexiones por los golpes redobladados que se oían á la puerta; y no atreviéndose á ir á abrir por miedo de ser visto, bajó á la cocina, y suplicó á Rebecca lo hiciese.

«¿Y por qué, le dice ella, no abris vos mismo la puerta á vuestro Amo?»

A esta pregunta inesperada Teodoro no pudo responder otra cosa, sino que estaba convenido no abrir jamas la puerta.

Esta respuesta picó á la buena Rebecca, cuyo carácter no era de los mas dulces. «Mui bueno, dice ella con un tono irritante é ira-

cundo: bien dicen, que cuanto mas indecentes, mas orgullo.»

Esta espresion fue una puñalada para Teodoro: puso la mano sobre su corazon, suspiró y se calló. Un momento despues Shechem le llamó.

«Rebecca te ha tratado con un poco de dureza, le dice: es culpa mia; pero ya he puesto yo orden en esto para lo sucesivo....»

Voi á consultarte sobre un asunto que me ocupa en este momento.

Un comerciante, amigo mio, se halla en el mayor compromiso, gracias á las estravagancias de su esposa: sus acreedores le amenazan con el rigor de la ejecucion; sus amigos le niegan su auxilio